

**COMITÉ EJECUTIVO DE LA INTERNACIONAL DEMÓCRATA  
CRISTIANA. Bogotá D.C., 1º. de octubre de 2001**

*“Los Estados democráticos en América Latina están desafiados a hacer algo que hasta ahora sólo se esperaba de las revoluciones: alcanzar el desarrollo económico junto con la democracia y la justicia social. Durante los pasados quinientos años la medida de nuestro fracaso ha sido la incapacidad para lograr esto. La oportunidad de hacerlo a partir de hoy es nuestra única esperanza”.*

Comienzo con estas palabras del escritor y pensador mexicano Carlos Fuentes, porque ellas resumen, como pocas, los desafíos a que hoy se ven enfrentadas las naciones, no sólo en América Latina sino en el mundo entero: alcanzar o mantener el desarrollo económico, sin sacrificar a cambio la democracia y la justicia social.

No es una tarea fácil, pero es nuestra tarea, la de todos aquellos que hemos aceptado llevar sobre nuestros hombros la responsabilidad y el privilegio de ser voceros e intérpretes de nuestro pueblo y de buscar soluciones a sus más sentidas necesidades.

Los tiempos actuales, en mi país, pero también en el mundo entero, son tiempos de incertidumbre, tiempos en que la violencia insensata de unos pocos genera dolor y muerte a los inocentes y llena de temor, pero también de coraje, a sociedades enteras.

Ante estos viejos y nuevos retos se levanta el hombre político: el que desde la antigüedad ha buscado realizar la voluntad popular a través del servicio público, el que cree en la posibilidad cierta de la convivencia, el que esgrime el diálogo y el debate como única arma, el que hace de la ley su escudo contra la arbitrariedad, el que defiende antes que nada el derecho de disentir y el deber de construir.

¡Qué bueno y qué grato encontrarme hoy, por eso, en la compañía de verdaderos hombres políticos del siglo XXI! ¡Qué bueno y qué venturoso recibir hoy la visita cordial de mis amigos y colegas de la Internacional Demócrata Cristiana, encabezados por el ilustre Wilfrid Marteens, ex primer ministro del Reino de Bélgica, presidente de la IDC y también del Partido Popular Europeo, y contar, además, con la presencia de representantes de partidos políticos de todo el mundo que conjugan en su ideario el apego y la defensa de la democracia con la

preservación de los más puros principios morales y cristianos! Celebro también la presencia del doctor Gutemberg Martínez, presidente de la Organización Demócrata Cristiana de América, ODCA, en cuya reunión tuve la feliz oportunidad de participar hace exactamente un año en Santiago de Chile.

A todos ustedes les doy la bienvenida esta noche a una nación vital, una nación que, infortunadamente, hoy se encuentra indignada por el vil asesinato de una mujer excepcional, de una ex Ministra de Cultura, quien luchó como ninguna por la preservación de los valores culturales de su tierra. Ella cayó a manos de los intolerantes, de los cínicos, de los que constituyen, precisamente, la esencia de la anti-política, vale decir, de los que no aceptan ni toleran la diversidad ni la multiplicidad de opiniones.

Hoy tengo el corazón triste, no puedo negarles que es así, pero me reconforta el poder compartir este sentimiento con aquellos que, como yo, comparten el ideal de una política justa y equilibrada para nuestras gentes, de una política para la paz y por la paz.

Muy estimados amigos:

Al principio de estas palabras hablé del nuevo desafío que implica la búsqueda del crecimiento con desarrollo. Ese desafío es el que he aceptado y asumido durante los más de tres años que he estado al frente del Gobierno de Colombia.

Ante el país que encontré en 1998 se me presentaban, en principio, dos posibles alternativas: por una parte, trabajar por el largo plazo, confiando en las políticas de ajuste estructural como único mecanismo para superar la pobreza y la inequidad. Otro camino, el más popular sin duda, era trabajar principalmente en el área social, con políticas de redistribución del ingreso, dejando la solución de los problemas estructurales al futuro.

Pero un gobernante en tiempo de transición no puede casarse con ninguna de estas dos soluciones, sino que tiene que obrar ante todo con responsabilidad: responsabilidad con los ciudadanos de hoy, que sienten la urgencia del hambre, la inseguridad y el desempleo, y responsabilidad con los ciudadanos de mañana, por quienes tenemos que trabajar haciendo los ajustes necesarios y tomando las medidas de austeridad que sean del caso para que en el futuro ellos tengan también asegurado su desarrollo.

Pensando en ello he buscado aplicar una política que alcance el equilibrio entre la urgencia de llenar los vacíos del corto plazo y la importancia de construir un crecimiento estable en el largo plazo. Se trata de un justo medio entre lo urgente y lo importante. No se obstina en imponerle a la sociedad impecables modelos tecnocráticos, pero tampoco cae en el error de dejarse llevar por la demagogia y el populismo.

Sobre esa base he obrado, sin dejarme distraer por el canto de sirenas que invita a gastar hoy sin pensar en el mañana y he propuesto y sacado adelante en el país importantes reformas estructurales que garantizarán la sanidad y estabilidad de sus finanzas. Mi propósito, en el campo económico y social, ha sido el de dejar a las próximas generaciones un país viable y con futuro. Así se lo dije a los congresistas de mi país en mi intervención al instalar la última legislatura: ¡Que no nos recuerden por la popularidad, pero sí por la responsabilidad!

Son tiempos de incertidumbre, apreciados amigos, y no es hora de apostar al azar el futuro de nuestros pueblos. Por eso he buscado ese equilibrio. Por eso, también, he luchado con perseverancia y convicción para lograr una salida política al

conflicto armado interno que desangra a nuestra nación desde hace tantos años.

Por estos días Colombia vive ciertamente circunstancias que nos están poniendo a prueba como nación, pero estamos seguros de que saldremos adelante con renovados bríos, como ya lo hemos hecho en el pasado.

En mi país vivimos un conflicto armado que nos desangra. No es una guerra civil, sino una guerra contra la sociedad civil en la que unos pocos guerrilleros y grupos de justicia privada, que no cuentan con respaldo popular y cuyos miembros no alcanzan ni siquiera el uno por mil de la población colombiana, continúan levantados en armas, mostrando una total indiferencia frente al sufrimiento que generan en sus compatriotas. A esta situación, de por sí grave, se suma el hecho de que estos grupos ilegales se financian en muy buena parte con dineros provenientes de los narcotraficantes, que son otra plaga que ha incidido negativamente en la realidad colombiana.

Por lo anterior, la tarea de gobernar en mi país presenta unos retos que no deben afrontar los líderes de otros Estados. En Colombia no sólo hace falta asegurar el cumplimiento de los

derechos individuales y sociales o mantener una economía sana y en crecimiento, sino que es preciso también luchar por el objetivo fundamental de la consecución de la paz.

Yo he entendido que luchar por la paz no es sólo trabajar en la negociación con los grupos armados al margen de la ley. Es mucho más. Por eso podría decir que he trabajado por su consecución avanzando simultáneamente en tres frentes principales: una activa diplomacia por la paz que ha recaudado no sólo respaldo político sino también fondos para la inversión social; la búsqueda de una solución política al conflicto armado, y el fortalecimiento de las Fuerzas Armadas como las Fuerzas de la institucionalidad y de la paz. Con ese trípode he procurado incrementar la gobernabilidad en Colombia y seguiré trabajando por alcanzar el más caro anhelo de mis compatriotas.

Apreciados amigos de la Internacional Demócrata Cristiana:

Gobernar en medio del conflicto no es una tarea fácil. Como si se viviera en dos tiempos, uno en el que se desenvuelven las tareas habituales del conjunto de los Estados -como mantener una economía sana y pujante, estimular el desenvolvimiento de las capacidades de los ciudadanos o mediar para conseguir

equilibrios entre los intereses de las diversas fuerzas sociales- y otro en el que se enfrentan situaciones excepcionales –como remediar el problema que representa la subsistencia de bandos armados dentro del territorio nacional-, los gobernantes colombianos debemos trabajar en circunstancias excepcionales. Pero no hemos perdido nunca el norte, que es la defensa de la democracia y de los derechos de los ciudadanos a vivir en un entorno de paz, libertad y progreso, tres pilares que lo son también de los partidos que conforman la Internacional Demócrata Cristiana.

Esta noche agradezco a sus miembros, muy especialmente, su presencia en Colombia y en esta Casa de Nariño, símbolo de la institucionalidad colombiana. Y agradezco también su apoyo firme y decidido a la búsqueda incesante de la paz en nuestro país.

Mi padre, el ex presidente Misael Pastrana Borrero, era, -como ustedes y yo-, un ferviente defensor de la libertad dentro del orden, de la acción política dentro los principios morales. Él dijo hace más de 30 años estas palabras que hoy quiero recordar ante ustedes en este momento crucial del destino de mi país:

*“La política de la desesperanza no corresponde a las tradiciones espirituales de nuestro pueblo. Demostremos lo que es capaz de realizar un pueblo cuando lo mueven unos propósitos y elevados objetivos”.*

Yo, al igual que mi padre, tampoco creo en la política de la desesperanza, porque todo futuro es posible siempre que lo labremos con nuestras propias manos y nuestro esfuerzo. Por eso los invito hoy, como hombres públicos, como gestores y protagonistas de la vida de nuestras naciones, a construir otra política, la que responde a los desafíos, la que se crece en las dificultades: ¡la política de la esperanza!

Muchas gracias